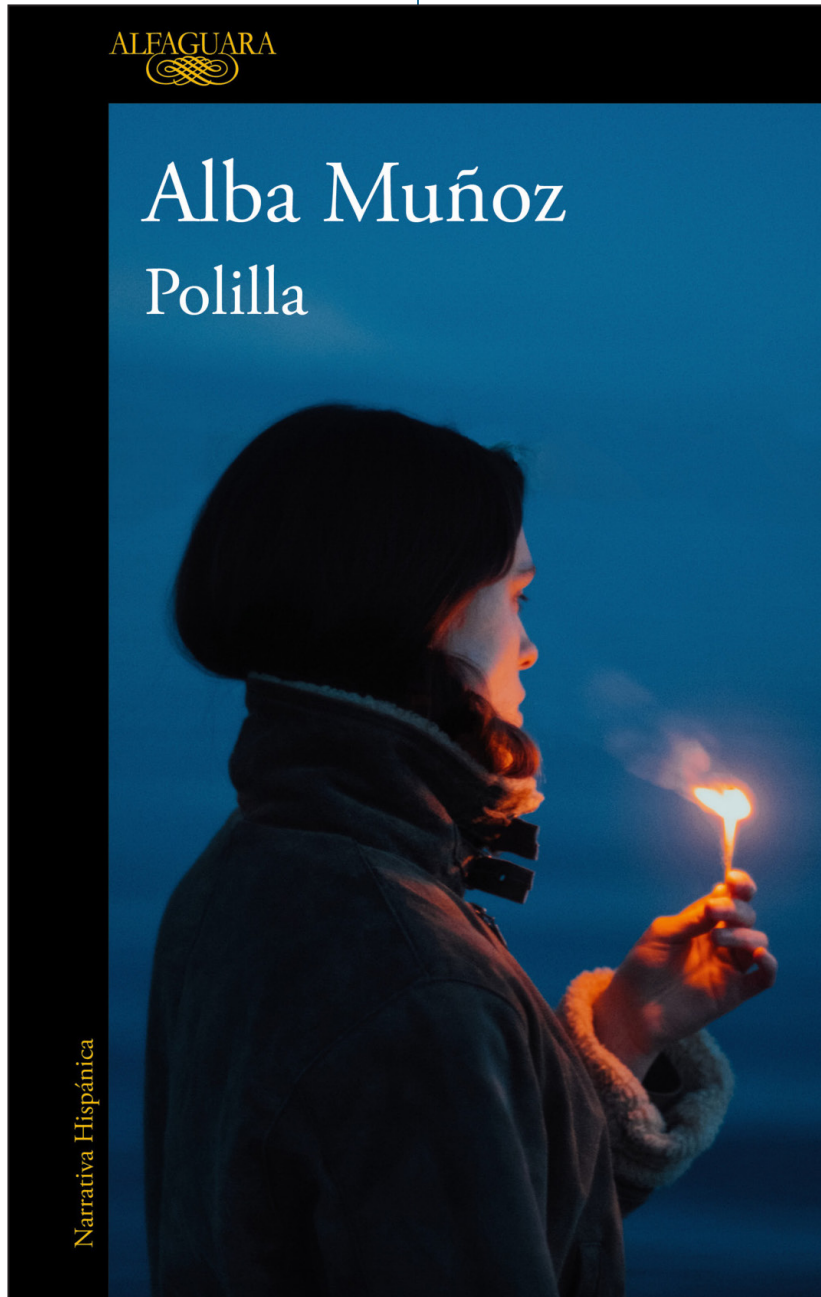




# Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

Es 2008 y la autora de esta historia, a punto de terminar la carrera de Periodismo, tiene una epifanía en el baño de la facultad: para convertirse en una reportera cotizada solo necesita un portátil y un buen par de botas. Y algo que contar. Un anuncio de una expedición organizada a Bosnia-Herzegovina capta entonces su atención. Han pasado quince años desde el fin de la guerra pero está convencida de que en ese territorio diminuto y tutelado puede tener la oportunidad de realizar un gran reportaje. Durante tres semanas recorre el país sin conseguir ir mucho más allá de aquello que está a la vista de todos hasta que, justo en su última noche en Bosnia, conoce a Darko.

Unas cuantas miradas en un bar y, sin pensárselo dos veces, se sube a un taxi y termina encerrada en una habitación de Sarajevo cuya llave solo tiene él. No es un secuestro, y si lo fuera, no le importaría porque entre ellos hay una química intensa, reactiva, a la que no puede renunciar. El regreso a casa se aplaza y días más tarde recibe un misterioso mensaje de una mujer que la cita al día siguiente. Se llama Fadila y es la directora de una ONG con pocos recursos que gestiona varias casas secretas donde esconde a víctimas de tráfico de mujeres. En una de esas casas, la autora conoce a Nikolina, una chica de su edad que ha sido vendida una y otra vez, y sin embargo, no

es exactamente lo que parece. Ahora sí que ha dado con su reportaje y pasará un tiempo viajando entre su Barcelona natal y Bosnia. Regresar a ese país, adentrarse sin miedo en sus fracturas y conflictos acallados, podría ser la forma de acceder al corazón de Darko, que reside en Cataluña desde que abandonó Bosnia con su familia cuando era pequeño, y con quien mantiene una relación que pierde sentido fuera de la cama pero que es incapaz de abandonar. Una dependencia que nace allí donde los límites entre el deseo y la violencia se tornan difusos, y los impulsos más contradictorios son un acto de rebeldía contra el padre, un hombre con el que la protagonista siempre ha tenido un vínculo complejo.

En sus viajes a Bosnia, y a través de sus investigaciones y los diversos testimonios que obtiene, la autora reúne material de sobra para escribir su reportaje. Pero tienen que pasar años para que la historia pueda ser contada porque, a medida que indaga, abre una ventana inesperada a la infancia, a las heridas y el odio, y a verdades sobre sí misma que se resquebrajan. Dentro de ella, comprende, hay caminos que conectan el horror de una guerra con su relación con Darko, las chicas encerradas contra su voluntad con un deseo de ser víctima, la pulsión de muerte con la vida. Y entre todo eso, su padre. Y una libertad que se encuentra por fin en el acto mismo de buscarla.

## CLAVES DE LA NOVELA

Con un portátil, conexión a internet y una combinación ideal de rigor y audacia, Alba Muñoz ha ido construyendo un lugar propio en el periodismo a través de sus colaboraciones con medios como *El País*, *El Mundo* y *5W*, cinco fructíferos años en la redacción de *PlayGround* y un primer documental, *Now You Are a Woman*, premio del público en el festival Fire. A lo largo de estos años, y mientras escribía sobre feminismos y hacía reportajes desde los Balcanes, Sudáfrica, Medio Oriente y el Sudeste Asiático, Muñoz fue gestando un proyecto de largo recorrido: una investigación sobre el tráfico de mujeres en Bosnia. El libro, sin embargo, parecía resistirse a ser escrito. Tuvo que pasar una década para que encontrara finalmente el modo de contar una historia que, en realidad, era mucho más que un reportaje. Con la perspectiva que brinda el tiempo, ha ido incorporado capas y descubriendo los hilos que unen claros y oscuros y heridas, lo individual y lo colectivo. De ese proceso surge *Pollilla*, una historia de naturaleza híbrida que entrelaza el reportaje, el testimonio y la memoria personal.

La búsqueda de algo que contar es el motor que impulsa a una joven periodista a viajar a los Balcanes, y una vez allí, a subirse a un taxi con un chico que acaba de conocer. Hay algo intrépido y resuelto en su actitud que, años después de aquel viaje, se traduce en una escritura que se adentra con pulso firme en las zonas más complejas de la experiencia, allí donde las verdades que construimos pueden desmoronarse, vida y pulsión de muerte se confunden y los límites entre el amor, el deseo y la violencia se desbaratan. A Bosnia, el escenario de una guerra que indirectamente forma parte de su biografía, la autora llega con la ambición de realizar un gran reportaje siguiendo las huellas de un conflicto bélico que, como tal, pertenece al pasado pero ha mutado en silencios que encubren el trauma, divisiones, miseria, mafias nacidas de la economía de la guerra y tráfico de mujeres. Figuras como Darko, hijo de un matrimonio mixto, o Fadila, miembro de una aristocracia socialista extinta, encarnan un mundo que ha llegado a su fin junto con el siglo XX y en el que la protagonista intenta sumer-

girse, aunque tanto ellos como Nikolina le recuerden que hay realidades que, por no vividas, escapan a su entendimiento. Pero ella insiste, persigue un conocimiento de lo que la rodea que se va convirtiendo en una indagación íntima. En una ciudad del Este de Europa reconoce entonces un parentesco de no-lugar con la ciudad dormitorio donde creció; las conversaciones con Nikolina arrojan una luz diferente e inquietante sobre ella misma; y a medida que una vivencia enlaza con un recuerdo, la relación con Darko conduce a un vínculo paterno difícil y doloroso, y una experiencia amorosa extrema la convierten no en una víctima, sino en una hija deseando vengarse del padre. Sinuosa, abierta, *Pollilla* trenza estos hilos con los de una investigación que, a su vez, introduce una potente reflexión acerca del ejercicio del periodismo, su ética y honestidad, y una voluntad de protagonismo que el reportero disimula desde un humilde pero impostado segundo plano.

Observando las ventanas de los edificios de Sarajevo cuando se iluminan por la noche, la protagonista dice: «cada ventana es una habitación y cada habitación puede ser una prisión o un refugio. O un lugar intermedio, una especie de limbo». En el carácter ambiguo de esta imagen y las posibilidades que contiene, está una de las claves de una novela que navega el claroscuro sin temor ni autocomplacencia: ese momento en el que el deseo lleva a la violencia y al horror, o viceversa, y en el que ocupar el lugar de víctima puede convertirse en un acto de rebeldía y poder. Porque, prisiones, refugios o limbos, las habitaciones que Alba Muñoz recorre en este debut forman parte de una misma construcción de paredes permeables donde una estancia conecta con otra y entre el reportaje que se va a buscar y lo que se comprende con el paso del tiempo se halla la historia que necesita ser contada.

## LOS PERSONAJES

### LA AUTORA

Recién terminada la carrera de Periodismo, y con toda su juventud e inexperiencia a cuestas, la protagonista y narradora de esta historia, Alba, tiene claro que la clave del éxito no está en acumular posgrados sino en tener un portátil, mala hostia e internet. Bosnia se cruza por casualidad en su camino, aunque hay algo en ese país que atraviesa muchas crisis en una que le recuerda a la ciudad dormitorio donde ha crecido, un no-lugar en las afueras de Barcelona. Su padre la llama Polilla y ella odia ese mote que siente como un chantaje, donde ve cómo condensa la sutil represión de él hacia la hija mujer. Paradójicamente, el apodo la conecta con la corresponsal de guerra Margaret Moth, uno de sus mayores referentes profesionales.

«Todo el mundo se ríe de su yo de veintiún años. Yo, por más que lo intento, no puedo. Quiero reírme de esa Lisbeth Salander de pacotilla, de esa chica que se creía punk y era sólo una romántica. De esa ambición desmedida hasta el llanto. Quiero ridiculizarla y olvidarla, pero es ella la que se aleja y me mira con una sonrisa astuta. Es ella la que se quedó con algo que me pertenece, algo que debió venirse conmigo, una determinación que parece haberse diluido con el tiempo». (p. 19)

**DARKO**

Madre serbia y padre judío, Darko es un vestigio de un mundo extinto: un territorio hecho de mestizajes que colapsa con la guerra y el odio que se enquistaba. Una guerra de la que él, como tantos otros, no dice nada y que lo lleva a refugiarse en un municipio cercano a Barcelona donde él y sus padres pasan a ser una familia más de inmigrantes pobres. Allí, lejos de esa Bosnia que reviste todo de misterio, ella constata lo que ya intuía: es muy poco lo que los dos tienen en común y, aun así, la piel, el cuerpo a cuerpo y la delgada línea que separa su pasión de la violencia hacen que quede encerrada en una relación oscura y tóxica.

«Darko está concentrado. Su silencio es verdaderamente silencioso. Mi silencio, en cambio, está lleno de ruido, de mi propia voz. Su concentración tiene que ver con el cable, es decir, con la luz, es decir, con el fuego, la supervivencia. Los dos somos de carne y hueso, pero yo soy un objeto electrificado, un objeto inmóvil con demasiada actividad interior. Él es un animal meditativo superior, una consciencia material llena de sentido. Su espalda blanca bajo esta luz de postal vieja, el clic de los alicates partiendo el cobre; sus zapatillas arrastrándose por la tierra negra como si esta fuese el pasillo de su casa. Y sus manos engañosas, que parecen jóvenes, pero son ásperas». (p. 26)

**EL PADRE**

El padre de la protagonista es un prestigioso profesor de español para extranjeros que estudió Periodismo en la misma facultad que ella pero nunca ejerció. A su esposa la engaña con diferentes mujeres hasta que, finalmente, se separan. De pequeña, su hija comprende que este hombre, que carga con una infancia de orfandad y abusos, ha construido un mundo cuyas reglas es mejor no contradecir. Ella, sin embargo, tiene que llegar a la adultez y a sus propias grietas para entender hasta qué punto su padre, el alpinista de paso decidido y ágil, ha vivido atado a miedos que ha proyectado en su hija, encerrándola a su manera y sometiéndola a un desprecio que se filtra entre mensajes de ternura paternal.

«Corrí para alcanzarlo antes de que llegase a la acera de enfrente. Ah, ya estás aquí, dijo con decepción, lo cual me satisfizo. Me dio un abrazo breve, nuestros cuerpos nunca llegaron a tocarse. Vamos, vamos, me apuró, y empezamos a caminar rápido en dirección al Bracafé. Mi padre no sabía pasear, no sabía andar despacio. Veía nuestras siluetas fugaces al pasar frente a las puertas de cristal. Si alguien leyera los últimos mensajes que mi padre me había mandado, pensaría que me iba a recibir con un gran abrazo y que me habría mirado bien la cara. Sin embargo, sabía que en ese momento ya se había cansado de mí. Conmigo

le pasaba lo mismo que le pasó siempre con sus amantes: cuando aún no estaban bajo su influencia se mostraba amable y seductor, todo era un crescendo de bromas y halagos hasta que se las follaba. Después algo se apagaba en él, como si se aburriese de golpe. Yo sabía que con saludarme en la puerta de El Corte Inglés mi padre había tenido suficiente. Ese había sido nuestro polvo». (p. 46)

#### LA MADRE

La madre de la protagonista es una mujer pasional que tuvo un único gran amor: su exmarido, un hombre que le fue infiel una y otra vez. Desde que está separada, se ha volcado en sus dos hijos y un grupo de amigas, renunciando a una vida amorosa y los nervios de la pasión. Es ella, sin embargo, la que intuye la naturaleza tortuosa de la relación de su hija con Darko y la que entiende que hay caminos, por duros que sean, que deben ser transitados. Mirándola con nuevos ojos, la protagonista descubre que su madre, contra la imagen que se había formado de ella en la infancia, es la verdadera aventurera de la familia.

«A veces sospecho que no quiere que hablemos de amor porque eso alimentaría mi pasión por Darko. Nunca le ha gustado demasiado, y desde que me vio el moratón en el brazo, menos. Estábamos en la cocina y mi madre preguntó qué era eso. Yo le dije la verdad: que no era nada, que a veces jugamos un poco a lo bestia y que yo también le doy a él. Me agarró el brazo y dijo que eso no le gustaba nada de nada. Que cuándo había ocurrido, que si volvía a pasar ella misma iría a hablar con él. Tiré del brazo con rabia: no soportaba que lo simplificara todo en un segundo, que intentara hacerme creer que un moratón explica solamente un tipo de historia, que agrandara las sombras de Darko dentro de mí. Le dije que no era mi problema si no entendía esa clase de juegos, si hacía demasiado que había renunciado a la pasión. Me miró en silencio. Déjate de tonterías, te estoy hablando muy en serio. Y límpiate las uñas, que no sé cómo lo haces pero siempre las llevas sucias». (p. 108)

#### FADILA

Pelo rojo chillón y rostro teutón, Fadila dirige la filial bosnia de una ONG holandesa que atiende a víctimas de tráfico. Contacta con la joven periodista para exponerle una realidad terrible y pedirle ayuda con unas traducciones. La protagonista no tarda en descubrir que esta mujer madura, que ha atravesado las transiciones del país pero aún tiene una parte de sí en la extinta república socialista, vive inmersa en una enloquecida película de acción, y para socorrer a las víctimas comete errores y abusos de poder que le acaban costando su puesto en la ONG.



«¿Sabes por qué me quemaron el coche? Porque dos días antes entré en un bar y me llevé a una jovencita que estaba encerrada como un perro. Fadila apura el hueso, se chupa los dedos uno a uno. ¿Cómo, encerrada?, pregunto. ¿La habían secuestrado? ¿De qué te sorprendes? Sonríe y se mueve en la silla. Tú eres de las que creen que las víctimas están en los cementerios, ¿verdad? Seguro que has hecho muchas fotos de tumbas. Qué hija de puta, ahora tiene toda mi atención. ¿Hay chicas así en Mostar? Quiero decir, ¿encerradas? Pues claro. Están por todas partes. ¿Dónde? En casas, hoteles, moteles... ¡Por todos lados! No me escuchas. Nosotras las ayudamos a esconderse en casas secretas donde no hay ni hombres ni espejos. Ahora termínate la carne, que quiero enseñarte algo».  
(pp. 37-38)

### NIKOLINA

Nikolina viene de un pueblo cercano a Mostar, donde ahora se esconde de la mafia y sus perseguidores. Con poco más de veinte años, esta chica de melena rubia y lisa ha visto y vivido mucho. Su historia comienza cuando su novio la vende en una discoteca de Niza y a partir de allí es explotada por sucesivos propietarios, se hace adicta, intenta salir de la rueda infernal a la que ha sido arrojada, denuncia a su novio, empieza a estudiar Derecho y se oculta en uno de los refugios de Fadila cuando su ex sale de prisión. Con su testimonio, su actitud desafiante y sexual y la ambigüedad de sus palabras, desbarata ideas preconcebidas sobre las víctimas e interpela a su interlocutora, la periodista con la que accede a hablar.

«Nikolina empieza a acariciarse el vientre de un modo extraño: creo que intenta seducirme. Cuando consigo apartar los ojos, los pequeños moratones de sus piernas me guían de nuevo hasta la cremallera abierta de su short. En realidad esto podría ser la habitación de un burdel: yo soy el cliente que quiere algo de ella. Las dos sabemos que tengo un poder que ella no tiene —un poder de dinero y de pasaporte—, pero aquí dentro es Nikolina la que rompe mis defensas. Su poder no consiste en darme algo que deseo —algo que ya no sé si es una historia o una sensación de abismo—, sino en hacerme saber que ha descubierto ese deseo en mí, que siempre custodiará una forma de existir a la que sólo podré asomarme cuando ella quiera. Me mira a los ojos y se acaricia el vientre. Yo ardo de duda y calor. Miro a un lado y sopeso sus palabras, su cabeza que no es suya. Observo periféricamente sus uñas blancas moviéndose en círculos». (p. 83)

## EXTRACTOS POR TEMAS

### ¿LA PAZ ES VERDADERA?

«¿Te gusta Bosnia?, me preguntó uno de ellos. Es muy bonita, respondí. ¿Por qué esto?, ¿por qué vienes aquí? El chico levantó los brazos con gran incompreensión y se le derramó un poco de cerveza de la boca. Quiero saber si la paz es de verdad o de mentira. No entiendo, dijo él. Si pudieras, ¿matarías a alguien?, pregunté. El chico se giró hacia la barra en un gesto rápido y preciso, como si se le hubiera pasado la borrachera de golpe, pero sus amigos no le prestaban atención. Por la paz, dijo levantando su botella. Por la paz, respondí yo. Lo que buscaba estaba justo ahí, en las bocas brillantes de los borrachos. No quería que me contaran su versión de los hechos, quería que me contaran sus pesadillas. Había venido a Bosnia en busca de la muerte y me estaba persiguiendo la vida». (p.18)

«Durante las semanas previas a la expedición iba varias veces por semana a la biblioteca. Elegía siempre los mismos libros, uno sobre la antigua Yugoslavia y otro sobre las guerras de los Balcanes. Estuve tomando apuntes y dibujando esquemas hasta que alguien me envió el primer enlace de YouTube. Y entonces no pude parar: cuantos más vídeos veía, más me convencía de su poder sobre cualquier texto. La de Bosnia había sido una guerra grabada con mal pulso y con la misma luz que se veía en la calle; una guerra en la que se fusilaba a europeos vestidos como europeos. Era como si unos soldados hubieran irrumpido en mi fiesta de cumpleaños y hubieran empezado a disparar, y como si mi tío Alfredo hubiera seguido grabando». (p. 31)

«Mediterránea pero eslava, musulmana pero alcohólica y abiertamente sexual,

Bosnia estaba plagada de contradicciones caprichosas: señoriales edificios austrohúngaros conviviendo con viejas mezquitas otomanas conviviendo con una catedral, conviviendo con gigantescos bloques de estilo soviético, conviviendo con una biblioteca de factura morisca que fue pasto de llamas. Todo ello concentrado en unas pocas decenas de metros en el centro de Sarajevo, antaño conocida como la Jerusalén europea, donde el anarquista enfermo disparó al archiduque precipitando la Primera Guerra Mundial. [...] Identidades rozándose todo el tiempo sin querer, como cuerpos en el transporte público. Esa sensación de entender y no entender, de estar en un lugar complejo que nadie mira, era, comprendo ahora, algo muy concreto que yo había sentido antes». (p. 41)

«Hace frío pero voy andando. Hace tiempo que me muevo mucho más rápido por la ciudad. Ya no lo observo todo como si tuviera un significado especial. Sólo veo edificios en mal estado y gente deprimida. Ahora entiendo a todos los que me decían que se irían si pudieran, que aquí no hay nada que hacer, que nunca entrarán en Europa. Lo decían en un tono que me parecía extraño, alegre incluso: hablaban con la dulce resignación de quienes comprenden el tamaño de la jaula que los encierra, con una especie de estado de relajación surrealista. Sólo los cuervos, con sus plumas negríssimas y su mirada malévola, parecen conservar un poco de orgullo en Sarajevo».

## ALGO QUE CONTAR

«A lo largo de los años lo he repetido muchas veces: no entiendo como salí del bar y me metí en el taxi. Qué se me pasó por la cabeza para actuar con semejante automatismo, como si lo hubiese estado ensayando. Cómo pude bajar la ventanilla y aspirar el perfume de las hogueras nocturnas de Sarajevo, mezcla de ramas y bolsas de plástico, mientras me alejaba en línea recta de mis compañeros, de la posibilidad de volver a casa. Por qué no dije nada cuando Darko cerró la puerta trasera del coche y ocupó el asiento del copiloto. Su mano colgando por la ventanilla: ahora suspendida en el aire, ahora acariciando la puerta como el lomo de un gran animal. Mil veces habré dicho que no lograba entenderlo. Por qué dejé caer todo mi peso en aquel asiento roto, tan suave y cómodo. El cuello recostado sobre la velocidad, los labios sellados en un autosequestro. Siempre he dicho que no lo entendía, pero sí lo entiendo. No era la hora azul, sino pasada la medianoche, cuando los motivos propios parecen los sueños de otra. Si subía al taxi el viaje no terminaría en unas horas. Si subía al taxi tendría algo que contar». (p. 24)

«Ha tenido que pasar mucho tiempo, y confirmarse el abandono casi completo de mi profesión, para darme cuenta de su naturaleza mágica: el periodismo es un teatro de sombras, una miniatura de la conciencia humana. Recuerdo la adrenalina al ver que todo se alineaba: el amor áspero de Darko, la lección de Fadila sobre las víctimas vivas y una red

de casas secretas buscada por el crimen organizado. Mi pasión investigadora me hizo creer en la compartimentación higiénica de la vida. El periodismo se basa en una compartimentación parecida: te hace creer que te enfrentas a la realidad en crudo y que tu función es ser un transmisor lo más honesto posible. Sobre todo, te hace creer que ocupas un lugar humilde, en la sombra, cuando en realidad el periodismo es la forma más elegante de ser protagonista. Pase dos años ahorrando y viajando a Bosnia de forma intermitente, impulsada por la ambición periodística. Tenía veintidós años y poseía una historia perfecta y un amor imperfecto —es decir, perfecto—, dos mundos que, estaba convencida, discurrirían en paralelo y sin tocarse, como las dos mitades de una cabeza separadas por una raya impecable». (p. 43)

«¿Y cuál es tu trabajo?, pregunta mientras se suelta la coleta, se peina con las uñas y se la vuelve a hacer. Ya lo sabes, soy periodista. Nikolina sigue mirándome mientras se perfecciona la coleta, esperando que prosiga en mi explicación. Investigo el tráfico de mujeres en Bosnia. ¿Por qué? Para que se sepa lo que está pasando, y para ayudar. ¿Ayudar a quién? Su sonrisa rompe algo: de pronto me habla de tú a tú, busca ridiculizarme en mis propios términos. Quiere que piense en lo patético de mi cuaderno y mi conciencia de europea izquierdosa, en mis bombachos de Aladdín, pero pienso contestarle como contestaría a cualquier otra: Ahora mismo el Gobierno bosnio niega que exista el tráfico de mujeres bosnias. Y no sólo existe, sino que está crecien-

do. Contar lo que está pasando puede ser útil para alertar a las víctimas potenciales y perseguir a los traficantes.». (p. 84)

«Debajo de todas estas capas de sentido constructor persiste en mí una especie de fe meritocrática en la ingeniería sentimental: perseverar en mi trabajo me dará puntos de “bosnianidad” y provocará el progresivo derretimiento íntimo de Darko, el fortalecimiento de su confianza en mí y en una posible vida juntos. Lo único que tengo que hacer es estar sola en esta ciudad fría y decadente, hacer entrevistas durante el día e ir a cafés amarillentos a transcribir y a fumar cuando anochezca. Sólo tengo que concentrarme en mi trabajo y no pensar en Darko, en mi padre o en mí misma: la distancia y el silencio me harán más fuerte y deseable, lo ordenarán todo». (p. 100)

---

## LA LEY DEL PADRE

«Como es un día especial, vemos la tele mientras comemos. Las noticias. *No miris*, dice mi madre de pronto. En la pantalla se ven coches grandes, salen ruidos de motores y la palabra Balcanes. *¡No miris!* Héctor, díselo. Mi padre da unos golpecitos en el borde de mi plato con el dedo índice, sin apartar los ojos del televisor. No miro la pantalla porque sé que da miedo. Miro a mi madre, pero entonces ocurre algo que da mucho más miedo: las aletas de su nariz empiezan a moverse muy rápido, empieza a temblarle el mentón. Mi madre se levanta con violencia, arrastrando la silla, algo im-

pensable en ella. Aguanto la respiración esperando a que mi padre estalle, pero mi padre no estalla. Oigo a mi madre en el baño, sonándose la nariz. No pasa nada, dice mi padre, la mama sólo necesita desahogarse, y da otro golpecito en el borde de mi plato.

Cuando colgué el teléfono inalámbri-co, entendí que iba a viajar a la pesadilla de mis padres. Un día después, mientras recorría en furgoneta la avenida de los Francotiradores, sentí que me envolvía una mezcla de adrenalina y vulnerabilidad, como en el tren de la bruja: los soldados podrían verme desde la cornisa de ese edificio, desde cualquier plano de las montañas que rodeaban la ciudad. Me sentía importante y diminuta al mismo tiempo, en manos de un dios simultáneo que superponía mi cuerpo vivo con la silueta de un cadáver, que me dejaba jugar con el terror seguro del pasado. La pesadilla de mis padres era mi sueño hecho realidad». (p. 33)

«Cuando mi hermano y yo éramos pequeños, algunos domingos mi padre nos traía un brioche con nata para desayunar. Iba a buscarlo expresamente a la pastelería y volvía ufano, con el periódico bajo el brazo y el paquete en forma de regalo colgando del dedo. A nosotros los brioche con nata nos hacían vomitar. Una vez mi madre trató de explicárselo, pero él se lo tomó mal, así que algunos domingos mi hermano y yo nos pasábamos más de una hora en la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en la mano, aplastando la nata con una cuchara para que el brioche la absorbiera. Mientras tanto, mi padre leía el periódico en el comedor. A veces

a uno de los dos nos entraban ganas de llorar y le decíamos a mi madre: Es que ya no puedo más, y ella lo solucionaba de alguna manera que no veíamos, y nos íbamos corriendo por el pasillo. Era pequeña cuando aprendí que mi padre vivía en un mundo que era solamente suyo y que era mejor colaborar en que ese mundo siguiera existiendo». (p. 47)

«Abro el correo de mi padre pero no lo leo, sólo miro. Sin embargo, la palabra impacta en mi mente como un símbolo. No lo soporto, me da un asco infinito. Golpeo el ratón contra la mesa y el chico de las monedas levanta la cabeza por encima de su pantalla. No soporto que mi padre haya vuelto a llamarme Polilla ahora que estoy lejos. Sabe lo que esta palabra significa para mí, la usa para chantajearme. A decir verdad, no sé de dónde sacó el mote, pero siempre me gustó la forma en que sonaba en su boca barbuda. Cada vez que mi padre me llamaba Polilla yo me sentía como Campanilla. Me veía a mí misma como un hada testaruda con un minivestido de hojas verdes. Hasta que un día me di cuenta de mi confusión: la palabra hacía referencia a un insecto grisáceo y peludo que se estrellaba contra cualquier superficie que lo separe de la luz. No le conté a nadie mi descubrimiento». (p. 65)

«Entonces soy igualita que tú. Pero cuidado, no eres yo, dijiste al ver mi cuerpo de mujer. Me prohibiste ir a lugares y estar a solas con mis novios. Me impediste vivir sin temor. Tú podías llevar una doble vida, tener amantes, subir picos cada fin de semana. Sabías

que cuando volvieras a casa todo estaría igual. De hecho, ni siquiera pensabas en ello: el amor de los demás era para ti como las rocas, el río y la montaña. Una fuerza perenne de la naturaleza. Tu poder es etéreo, es la ausencia de miedo.

Es difícil parecerse mucho a alguien a quien odias. Es difícil odiar todos los maltratos y decisiones absurdas de tu padre y, al mismo tiempo, sentir una comprensión de carne.

Es fácil comprender que alguien que me quiere no quiere que sea mujer, no soporte verme como un ser que en el fondo desprecia, que no ve como a un igual. Quizá, más que miedo a que me ocurra algo, lo que temes es que ese espejito que he sido para ti se gire de golpe y te muestre tu cara». (pp. 174-175)

«La mañana en la que la expedición inició el camino de vuelta a casa, los llamé por separado. Estaba desnuda junto a la ventana de la habitación de Darko. Primero lo llamé a él y después a ella. Todo iba bien: iba a quedarme unos días más para intentar encontrar una buena historia, aprovechar ya que estaba aquí. Mi padre dijo que tuviera cuidado con las mafias del Este. Son muy peligrosos, mi Polilla, auténticos carniceros. Ni se te ocurra subirte a ningún coche. No eres tonta, sabes perfectamente lo que buscan esos hombres. Mi madre me preguntó dónde iba a dormir. Le dije que en casa de la familia de uno de los intérpretes de la expedición. Mi padre amenazándome para protegerme; mi madre callando, entendiendo mi respiración. Mi padre imaginándome vícti-

ma del deseo violento de los hombres, teniendo miedo de lo que pudiera sucederme. Mi madre teniendo miedo de lo que yo quería que me sucediera a mí. Cabeza, ¿vale? Y vigila con el chico». (p. 179)

---

## LA LIBERTAD DE LAS MUJERES ES ESCURRIDIZA

«Tras varias neumonías seguidas, mi madre decidió cambiar de médico. Dejaron de darme los antibióticos que me hacían recaer. Descubrieron que lo que aceleraba la infección de pulmón era una alergia a los ácaros.

Para cuando me recuperé del todo ya era una niña frágil a ojos de mi padre y, por extensión, de toda la familia. Crecí en los concursos de Sant Jordi y en las buenas notas, que eran los nuevos poemas de llorar y cuentos negros. Crecí en mi habitación mientras mi hermano jugaba en la calle con los perros y los hombres». (pp. 113-114)

«Vesna y Fadila son vestigios del pasado, miembros de una aristocracia socialista extinguida. Para ellas el paso del comunismo al capitalismo supuso un expolio material pero también simbólico, la pérdida del orgullo y la caída en la irrelevancia social. Aunque nunca estuvo previsto que alcanzaran las mismas cotas de poder que los hombres, en la República Federal Socialista de Yugoslavia las mujeres formaban parte del relato y ocupaban ciertos puestos de calado por una necesidad ideológica. Con el auge de los nacionalismos, las bosnias empezaron a ser

ensalzadas de un modo muy distinto: ya no eran compañeras de partido, combatientes o campesinas constructoras de la patria de brazos arremangados, sino parte de un escudo bordado en el pecho de los hombres, un tesoro que debía protegerse.

Esta devaluación social femenina fue un factor que influiría en el horror que muchas sufrieron después. La guerra de Bosnia fue la primera en la que las violaciones se utilizaron sistemáticamente como arma de guerra entre distintas etnias. Los cuerpos de las mujeres se convirtieron en territorio de conquista y los embarazos en territorio conquistado. La llegada de la paz, con su burocracia, sus recortes y privatizaciones, las terminó de desposeer simbólica y materialmente. Sólo los cuerpos jóvenes y bellos resplandecen en medio de la bruma». (pp. 143-144)

«Todo empieza porque Darko me hace una raya con pintura verde en la espalda. Nos manchamos mutuamente el pelo y nos empezamos a pelear en broma. Los días pasan pero mi orgullo sigue herido, así que lo cito en un *Pans & Company* de Barcelona. Le pregunto si me está haciendo la vida imposible para que lo deje y me responde que sí. Al día siguiente abro todas las ventanas, cuelgo mi nueva pizarra —otro objeto blanco y brillante, cargado de futuro— y hago una lista con todas las cosas que no me gustan de él: 1. No le interesa nada de lo que hago, 2. Me ridiculiza delante de mis amigos, 3. No tiene cultura... Durante el día coloco los últimos detalles de la casa —cortina de ducha, platito para las llaves—, pero por la noche pienso en él. Busco su rastro

entre las sábanas de mi cama doble, pero huelen a humedad. En mis primeras noches de vida independiente sólo pienso en mi dependencia, por qué lo sigo deseando si me ha dicho que no me quiere, si ha admitido que me está utilizando. Como si la verdad más cruel me erotizara». (p. 160)

«Le digo a mi madre que ya sé que Darko es un mierda. Racionalmente lo sé, pero estoy intoxicada. Fuera de la cama nada me une a él, lo detesto. Sin embargo, todas las células de mi cuerpo me gritan que no hay otro y me empujan a sus brazos. Lo he estado pensando y la única explicación que encuentro es que tenemos demasiada química, formamos una combinación reactiva, de ahí el veneno. Cada vez que me acuesto con él me sacio y me desgarró por dentro. Estoy atrapada, no puedo hacer más». (p. 161)

«Es difícil deshacerse de los recuerdos fosilizados, de las ideas fijas que nos acompañan durante la infancia. A veces hace falta pasarse semanas enteras en el trastero, adentrarse en la mugre, para entender que tu madre nunca tuvo miedo a nada. Que tu héroe alpinista vivió siempre aterrorizado. Que la verdadera aventurera siempre fue ella.

Toda mi vida mi padre me habló de libertad, también en su lecho de muerte. Pero una cosa es hablar de libertad y otra cosa es ser libre, entenderla verdaderamente. Quererla en los otros». (pp. 178-179)

## DESEO Y VIOLENCIA

«Darko se ha ido sin contarme nada de la guerra. Ha vuelto a Barcelona con su familia y yo me he quedado en su país haciendo mi trabajo. Me gusta cómo suena: mi trabajo. Tres veces le pregunté cosas de la guerra, siempre después de follar, cuando llevábamos un rato aspirando el perfume mezclado de nuestras pieles y mi voz era más dulce, es decir, cuando era más difícil que se enfadase. No funcionó. Darko no me contó nada, aunque tampoco se enfadó: sólo me dio largas. Es como si hubiese envasado al vacío ese apartado de su memoria y los recuerdos siguieran intactos pero ya no pudiera olerlos, ni tocarlos ni le hicieran sentir nada.

Soy una rata morbosa, una rata que no puede dejar de seguir el rastro de la guerra sólo porque nunca ha olido algo así y no sabe lo que es. Los cementerios de los parques y las historias tristes de sus vecinos parecen afectarme más a mí que a él: el colmo de la impostura. Pero es que cuando lo veo dormir, cuando tengo su cara tan cerca que casi puedo conocerle, no puedo dejar de pensar que sabe lo que es el miedo de verdad, que posee una sabiduría profunda sobre el mundo que yo nunca tendré. Darko se ha asomado al abismo, ha visto lo que hay. Eso me hace quererlo más, el hecho de que conserve esa piedra negra dentro de su cuerpo. Me hace querer abrazarlo y no separarme nunca, pero no para consolarlo, sino para que me transmita un poco de esa negrura». (p. 52)

«En cuestión de segundos intento prepararme para lo que vendrá. Primer frenazo

en la rotonda, y a los pocos metros, primera caída, el Dragon Khan: mi cuerpo flotando en el vacío, despegándose de su propio peso. Bandazo a la derecha, bandazo a la izquierda. Susto. Otro susto. Por qué. En el retrovisor, los ojos apagados de Uri, sin ganas de vivir. El motor se encabrita y mis extremidades centrifugan: mi cuero cabelludo tira para separarse de mí, mis órganos hacen cola para salir por mi boca. Sólo veo dos faros, siento que chocamos en cada curva. No puedo gritar. Gimo, aprieto los dientes, el abdomen. Los cinturones me sujetan el corazón, pero mi alma ha quedado atrás. Soy una muñeca anclada en el retrovisor de un camión que se precipita al mar, un mar que no llega nunca. ¡Es una buena forma de morir!, grita Darko, que se agarra con fuerza a la manilla del techo. ¡Para!, suplico, poniendo todas mis fuerzas en una palabra que me termino tragando. Languidezco, mi cara cuelga. ¡Aguanta!, grita Darko.

Salgo del coche a cuatro patas. Amo todas las piedras que se clavan en mis manos. Quiero insultarle, empujarle, pero vomito. No puedo impedir que me sujete el pelo. Cuando me levanto, Darko abre los brazos. En su sonrisa hay un orgullo que no había visto antes. Se acerca y le golpeo el pecho, pero insiste: me abraza. Clavo la frente en su clavícula, en el calor oscuro de su cuerpo. Lloro como si hubiera superado un ritual, un bautizo opuesto, el de mi propia desintegración. La presión de sus brazos sofoca mi rebelión, me tranquiliza, me libera. Primero duele, luego lubrico y deja de doler». (pp. 69-70)



«No sé cuál es el deseo de la mujer arrodillada, pero el mío es que me pase algo, que un traficante me traicione y me encierre en un cuarto con un colchón. Ir hasta el final, saber lo que es ser utilizada. Que Darko monte un operativo de rescate y que mi padre sufra tanto que cuando vuelva a verme me abrace sin dejar espacio entre nuestros cuerpos. Quiero ese poder de víctima: ser nada y todo a la vez, como la Virgen». (p. 134)

«En primer plano, desproporcionada, una gran palmera con hojas de color azul. Detrás de la palmera, entre una vegetación más propia de una selva que de un bosque bosnio, surgía un tanque. El cañón era un pene con el glande rojo que se curvaba, agrandándose cada vez más. Apuntaba hacia el culo de una *pin-up* de cabellera oscura. En medio de todos esos elementos, una frase desuartizada: “*Ratne želje koje se stvarno ostivariti*” (Los deseos de la guerra que realmente se hacen realidad).

Sentí un calor repentino. Nunca había visto nada parecido. Nunca había pensado en el poder sexual de la guerra, el simbolismo de un tanque o una

invasión terrestre. Desde mi posición, a través de una ventana rota, podía ver los monolitos de mármol blanco, uno tras otro. Las hileras de víctimas no me turbaban como lo hacían las mujeres imaginarias que los soldados habían dibujado para soñar, para masturbarse. Soldados que sintieron deseosexual en una ciudad que era el infierno en la Tierra.

Aturdimiento, confusión, excitación, terror por mi propia excitación, culpa. Pasaba por todos los estadios y volvía a empezar, atrapada en una visión múltiple y ansiosa, hasta que el viento bajó de las montañas y se coló por varias ventanas a la vez. La corriente me agitó el pelo, me secó el sudor. Desvelada y fresca, el vestido del escándalo se me cayó a los pies. Me sorprendí de mi propia sorpresa ante el efecto que los dibujos me habían producido: yo conocía la perversión, el caos oscuro de las ilustraciones, lo había visto dentro de mí. En aquel cuartel militar abandonado comprendí que había sido apartada de un lenguaje que tenía dentro, de una violencia atávica que entendía sin que me la explicaran. La sangre de la vida, el puñal del deseo». (p. 167)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Polilla* es una obra donde entroncan una investigación periodística acerca del tráfico de mujeres en Bosnia, la historia de una relación amorosa y una memoria personal en torno al vínculo con el padre. A simple vista, la conexión entre estos materiales no es evidente pero juntos conforman un relato que tiene una profunda consistencia. ¿Cuáles son los hilos que conectan las diferentes piezas de este libro? ¿Hay temas o conceptos que recorren toda la obra y la vertebran?
2. La narradora era una niña cuando tuvieron lugar las guerras de los Balcanes. El conflicto bélico en Bosnia forma parte de su memoria de infancia a través de recuerdos como una manifestación en Barcelona o noticias que tienen un alto impacto en sus padres. Sin embargo, una vez en Bosnia, y estando junto a Darko o Fadila, tiene la impresión de que la experiencia de la guerra es intransferible y si no se ha vivido directamente no se puede aprehender. ¿Cuál es la reflexión que la novela abre al respecto de la vivencia de la guerra? ¿Hasta qué punto un acontecimiento de estas características puede formar parte de nuestra experiencia aunque no lo hayamos vivido directamente?
3. Siguiendo con la experiencia y la posibilidad de compartir vivencias, ¿qué sucede cuando la narradora habla con Nikolina? ¿Cómo es el encuentro entre estas dos mujeres? ¿Qué descubre Alba acerca de sí misma a través de este encuentro?
4. Durante su primer viaje, Alba visita el lugar donde ocurrió la masacre de Srebrenica. Nada llama demasiado su atención hasta que en lo que alguna vez fue el cuartel de los Cascos Azules, descubre una serie de dibujos en las paredes hechos por los soldados que vivieron allí. ¿Por qué le impacta tanto ese lugar? ¿Qué descubre allí acerca de la guerra y de ella misma?

5. Desde un dibujo en la pared de un cuartel hasta la relación entre Alba y Darko, pasando por el testimonio de Nikolina, el libro habla de un deseo que se entrecruza con otras pulsiones. En la obra, ¿cómo se articulan el deseo y la violencia? ¿Existe un límite preciso entre ellos?
6. A Margaret Moth, uno de los referentes de la autora, le molestaba que le dijeran que tenía una pulsión de muerte cuando lo único que ella quería era sentirse viva. Pensando en esta periodista, y también en Alba, ¿qué dice el libro acerca de los impulsos autodestructivos? ¿Cuán clara y firme es la frontera entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte?
7. La narradora conoce a Darko, se suben a un taxi y termina encerrada en una habitación de Sarajevo cuya llave solo tiene él. ¿Cómo es la vivencia que tiene ella de esta situación?
8. Ella y Darko parecen no tener mucho en común. Sin embargo, de los primeros días juntos en Sarajevo a una relación que continúa en Cataluña, donde los dos residen, construyen un vínculo con muchos claroscuros. ¿Sobre qué se sostiene este vínculo? ¿Por qué está atada a Darko? ¿Y qué sucede para que ella suelte la relación?
9. La relación con Darko está en el centro de la historia pero, poco a poco, va ganando presencia otro vínculo complejo: el de la autora con su padre. ¿Cómo es esa relación? ¿Cuál es la conexión con el vínculo con Darko?
10. El poder es un tema que recorre el libro a través de figuras como el padre, Darko y las mafias que esclavizan mujeres, pero también, de la directora de una ONG que intenta controlar la vida de las víctimas que rescata o de las instituciones internacionales que tutelan un país entregado a la miseria y una crisis que se perpetúa. ¿Cómo son los modos de ejercer el poder en el libro? ¿La narradora tiene herramientas y oportunidades para ejercerlo?

11. Las mujeres secuestradas por las redes de tráfico viven en habitaciones que son auténticas jaulas. Paradójicamente, los refugios donde Fadila esconde a estas mujeres también tienen mucho de prisión. ¿Qué prisiones, físicas o no, retrata la historia? ¿La narradora está o ha estado encerrada en alguna?
12. *Polilla* contiene una investigación acerca del tráfico de mujeres que nace con la guerra, y al mismo tiempo relata una historia personal donde la autora podría estar desempeñando el papel de víctima. ¿Es así? ¿Qué nos dice acerca de las víctimas y cómo se construye esta figura?
13. La madre de la narradora es un personaje en segundo plano que va ganando peso en la historia. ¿Cómo ve la hija a la madre? ¿Cómo va cambiando esta mirada a lo largo de la historia? ¿Y qué aprende o descubre a través de esta figura?
14. Cuando la hija mira a sus padres, ¿qué ve de ella misma en cada uno de ellos? ¿Y qué le sucede con el reflejo que estas figuras le devuelven?
15. En un momento se dice que «la libertad de las mujeres es escurridiza. Siempre se oculta donde no la esperas». Pensando en las mujeres de la historia —la protagonista, su madre, Nikolina y Fadila—, ¿cómo se puede interpretar esta frase? ¿Dónde se oculta la libertad para cada una de ellas?
16. Recién graduada en Periodismo, la autora viaja a Bosnia en busca de algo para contar o, en otras palabras, un gran reportaje. ¿Cuál es la reflexión que propone el libro acerca del periodismo y su función en una sociedad saturada de información? ¿Y acerca de los motores para realizar una investigación? ¿Pensáis que la narradora está en lo cierto cuando dice que los reporteros fingen estar en un segundo plano pero, en realidad, buscan el protagonismo? ¿Por qué se exigen o se les exige este segundo plano impostado?

17. Hacia el final del libro la autora hace una confesión: «No pude escribir el libro porque el relato deslumbrante y nítido que me presentaba como a una reportera heroína y una víctima de abusos no era del todo cierto. El folio en blanco actúa como un detector de exageraciones. Las palabras se las lleva el viento, pero las letras quedan». ¿Qué sucede con la honestidad en el libro? ¿Las diferentes voces son sinceras o todos esconden y distorsionan verdades? A la hora de no falsear la verdad, ¿diríais que la literatura brinda herramientas con las que el periodismo de investigación no cuenta?

## LA AUTORA



© Júlía Verdú

**ALBA MUÑOZ** (Barcelona, 1985) es periodista y escritora. Ha trabajado como reportera independiente en varias zonas del mundo, entre las que destacan los Balcanes, Oriente Medio y Sudeste Asiático. Entre 2018 y 2019 vivió en Sudáfrica, desde donde escribió para *El País* y *5W*. Durante cinco años fue redactora y editora en la revista online *PlayGround*.

Allí especializó en periodismo digital y feminismos. Ha colaborado con BBC, *El Mundo* y *ElDiario.es*, entre otros. Su primer documental, *Now You Are a Woman*, ganó el premio del público del festival FIRE!! en 2019. Entre mayo y junio de 2023 estuvo en la residencia literaria Finestres. Trabaja en comunicación y como guionista en proyectos audiovisuales.

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Supe del germen de *Polilla* hace años. Cada minuto de espera mereció la pena. Lo devoré en una noche. Es un libro tremendamente lúcido, engranado al milímetro. Una búsqueda periodística que deja de serlo para volverse una novela fascinante, una investigación sobre la propia vida».

Sabina Urraca

«Un viaje desgarrador al centro de la herida de un trauma individual y colectivo. La prosa exacta y a la vez poética de Alba Muñoz nos arrastra a un país saqueado por la guerra y a ese otro territorio que también puede ser víctima de saqueos: el cuerpo de la mujer».

Juan Gómez Bárcena

«Como solo hacen los escritores que merecen la pena, Alba Muñoz encara la herida fundacional y encuentra una

manera propia de contarla. Se adentra en el fango más sucio de la experiencia y lo convierte en literatura. Sin excusas ni clichés, te transporta con voz seductora y su mirada detecta lo que no es obvio: el coraje de heroínas improbables, la ternura de una situación violenta. Convierte en extraño lo familiar, presenta contradicciones sin necesidad de resolverlas, te hace olvidar que eso que lees es la vida de otra persona, te lleva a sentir que empiezas a comprenderte a ti misma».

Anna Pazos

«Alba Muñoz es una voz potente y auténtica. Una autora capaz de labrar las palabras al modo de las polillas, para que sean capaces de atravesar la oscuridad y perforar cualquier superficie que las separe de la luz».

Belén López Peiró

